



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

Emiliano Zapata

En el corazón del Estado de Morelos, al pie de la serranía que limita el valle de Cuautla y a diez kilómetros, aproximadamente, de esta población, Villa de Ayala disfruta de los privilegios de la naturaleza exuberante de tierra caliente.

La mayoría de sus habitantes fueron en lejano tiempo agricultores, pequeños propietarios a quienes la codicia de los grandes terratenientes hizo descender a la categoría de peones, de asalariados de las haciendas.

Junto a Villa de Ayala mantiene la miseria de sus casas Ane-neuileco, restos de un pueblo agrícola y minero, al que también devastó la avaricia de los poderosos.

“La felicidad de Morelos descansa en el número y en la rudeza de sus gañanes” —decían los hacendados—, y como iban éstos aumentando la extensión de sus tierras, arrebatando los ejidos a los pueblos, necesitaban aumentar en proporción el número de peones y para lograr ambas cosas no paraban mientes en que rancherías y pueblos enteros desaparecerían del mapa: de esta manera sus habitantes tendrían que ir a buscar en el exiguo jornal el sustento de sus familias, mientras los “patrones” acrecentaban los rendimientos de sus fincas, que sus hijos derrocharían en los centros de vicio y de placer de la Europa corrompida.

De este modo, desaparecieron Acatlipa, Tequisquitengo, San José Vista Hermosa y otros pueblos más.

Así estuvo a punto de perderse Anenecuilco y por esos procedimientos vió Villa de Ayala que sus mejores tierras de cultivo pasaban a ser "propiedad" de Chinameca y Hospital.

Unidos topográficamente, los dos pueblos lo estuvieron siempre para defenderse en todas épocas y juntos prestaron su contingente en las luchas pretéritas: de la Villa fue Francisco Ayala, quien derramó su sangre por la Independencia peleando a las órdenes del Gran Morelos, en el famoso sitio de Cuautla; de Anenecuilco fue Cristino Zapata, un digno ancestro del caudillo agrarista, quien junto con Rafael Sánchez, también de Ayala, luchó en las guerras de la Reforma y el Imperio, y de la misma histórica población morelense fue Modesto Reyes, un valiente revolucionario tuxtepecano.

¿Por qué en la revolución de 1910, en esa formidable lucha de los desheredados, de los hambrientos, de los miserables esclavos de las haciendas, de los desnudos del cuerpo y del alma no habían de surgir de Villa de Ayala y de Anenecuilco los guerrilleros denodados que trocaran la azada por el fusil que, cuando menos, les brindaba una muerte digna en el supremo esfuerzo por reconquistar los derechos a los bienes de la vida?

Los dos pueblos no desmintieron su leyenda de patriotismo y si de Villa de Ayala surgieron Torres Burgos, Rafael Merino, Juan Sánchez y otros más, de Anenecuilco salió Emiliano Zapata, que había de hacer inmortal el nombre de los dos pueblos.

Hijo de don Gabriel Zapata y de doña María Cleofas Salazar, nació Emiliano Zapata en Anenecuilco, por el año de 1877.

Muy pequeño aún, con su hermano Eufemio, ayudaba ya en las faenas del campo a su padre. Alguna vez el honrado labriego comentaba uno de tantos despojos que de las tierras ejidales hacían las haciendas vecinas y tuvo frases de justo y duro reproche para el Gobierno que toleraba y aprobaba aquellos sistemas de explotación, implantados por los ricos propietarios de los latifundios morelenses y que permitía la esclavitud como en los remotos tiempos de la conquista, que parecía vivir aún el pueblo campesino.

Quedaron en el hijo grabadas las palabras del padre, y andando el tiempo, cuando pudo percatarse de los inicuos manejos



El general Zapata conferenciando con el señor Madero, en Cuernavaca.
Mor., en 1911

de los latifundistas, dueños y acaparadores de las tierras de su Estado, Emiliano Zapata inició sus primeros pasos de rebeldía.

Los hacendados de Morelos —lo repetiremos una vez más—, no satisfechos en su ambición sin límites con las exageradas extensiones de sus propiedades y apoyados en la lenidad intencionada de los gobernantes, hacendados también, por la justicia que en manos de jueces venales era mercancía a disposición del mejor postor y valiéndose de CHICANAS que constituían verdaderos actos delictuosos, consumaban el despojo de los ejidos de los pueblos que tenían la desgracia de colindar con sus feudos.

Tocóles su turno a Villa de Ayala y Anenecuilco y entonces Emiliano Zapata, encabezando a los principales perjudicados por el pretendido atentado contra la propiedad vecinal, acudió primeramente a letrados de México para que defendieran los derechos de sus convecinos, y más tarde cuando vió que la justicia era impartida al antojo de los hombres del Poder, convocó a los moradores de Ayala y de Anenecuilco para incitarlos a defender con las armas las tierras de sus pueblos.

Esta actitud enérgica, valiente y justa, alarmó e indignó a los hacendados y a su aliado el gobernador de Morelos y la leva, el odioso sistema para cubrir las plazas vacantes del Ejército, de que tanto abusó el régimen de Porfirio Díaz; la leva implacable contra el débil y el desvalido, llevó a Zapata a las mazmorras del cuartel del 9o. Regimiento de Caballería, que en aquel entonces —1908—, comandaba el coronel Fernando Remes y guarnecía la plaza de Cuernavaca. Zapata tuvo a su favor la influencia de hombres adinerados, como el hacendado Ignacio de la Torre y Mier, quien lo estimaba particularmente por las habilidades y sapiencias de Zapata como experto charro y debido a esto sólo permaneció en las filas federales algo más de seis meses.

Ya libre, intentó dedicarse nuevamente a las tareas campesinas en su pueblo; pero la altanería de los caciquillos no podía hacerles olvidar el rencor que guardaban a Zapata, pues mientras más insignificante era el poder del **mandón** a sueldo del Gobierno o del hacendado, más grandes eran sus odios contra el osado que se le enfrentaba sin más apoyo que su dignidad ofendida o su honor ultrajado, y Zapata, blanco de la maledicencia de capataces

y jefes políticos, hubo de ausentarse de su tierra y fue a prestar sus servicios como **arrendador** de los finos caballos de un señor Martínez, de origen español, residente en Chietla, Puebla.

Allí permaneció hasta el año de 1909, en que las elecciones para gobernador de Morelos despertaron en él sus entusiasmos para buscar el mejoramiento de su pueblo.

Era candidato oficial, es decir, de imposición, el teniente coronel Pablo Escandón, acaudalado hacendado morelense y elemento incondicional de la dictadura.

Su contrincante, el ingeniero don Patricio Leyva, hijo del Estado y quien contaba con grandes simpatías populares, entre otras razones porque su padre, el general don Francisco Leyva, propuso al Congreso de la Unión, por el año de 1869, una iniciativa que elevaba al 3er. Distrito Militar de México al rango de Entidad Federativa, la que desde entonces, aprobado el proyecto, se llamó Estado de Morelos.

Inútil decir que Emiliano Zapata se filió en el partido leivista, a sabiendas de que todo esfuerzo sería vano en contra de la voluntad del **Gran Elector**; pero, en cambio, aquella oportunidad le brindaba ocasión para levantar el ánimo de sus conciudadanos y utilizar sus energías en su ya preconcebido plan de reivindicación.

A su espíritu fuerte, hecho para las grandes empresas, unía una voluntad férrea, forjada en el yunque de todos los dolores y vejaciones sufridas por su raza desde los tiempos cortesianos, y al servicio de su anhelo, débil esbozo de su obra futura, puso el indómito poder de esa voluntad y la fe inquebrantable de su espíritu rebelde.

Los leivistas fueron derrotados por el capricho del porfirismo, atento a salvaguardar los intereses de Escandón y los demás hacendados, dueños del Estado.

Pero Zapata había logrado hacer prosélitos, erigiéndose en jefe de un partido que, si bien carecía de organización, de orientaciones políticas y de dirección intelectual, contaba con la espontánea adhesión de las clases trabajadoras de Morelos, ya conscientes de su esclavitud y más conscientes aún de sus derechos de ciudadanos que debían ser libres y que sabían cómo llegar a serlo.

Continuó, pues, bajo el Gobierno de Escandón el imperio del más absoluto cacicazgo y se exacerbaron contra los leivistas las persecuciones y las amenazas y muchos de ellos pagaron con el exilio en los malsanos climas de Quintana Roo, sus arrebatos democráticos; en ingenios y haciendas se continuó succionando la vida de los infelices jornaleros y como una sentencia de muerte para todo aquel que no quisiera someterse al yugo infamante estaba sobre los campesinos surianos la arbitrariedad de los pequeños "mandones": jefes políticos, comandantes rurales, jefes de policía, etc.; toda esa caterva de serviles, capaces de sacrificar la vida de un hombre útil por halagar a su señor.

Campo amplio y propicio a su intenso desarrollo encontraba en ese ambiente de opresión y de miseria el movimiento rebelde que en todo el país habían preparado el entusiasmo y la fe de don Francisco I. Madero y que tuvo sus primeras floraciones sangrientas en Puebla, el diez y ocho de noviembre de 1910.

Escasa propaganda se hizo en el Estado de Morelos (autoridades y hacendados, conociendo el peligro, extremaron los medios para evitarla) y esta circunstancia determinó que hasta mediados de diciembre de ese año, manifestaran sus actividades revolucionarias Emiliano Zapata y Pablo Torres Burgos.

Mejor que otros, ellos conocían a fondo el estado de ánimo que predominaba entre sus conterráneos y comprendieron perfectamente que la idea libertaria tendría en Morelos esforzados defensores en todos los sirvientes de haciendas e ingenios. Sondearon el pensamiento de sus amigos más íntimos y decidieron celebrar una junta enteramente reservada, que se verificó en Cuajimalpa, punto de la serranía de Morelos, a la que sólo concurrieron, además de los citados, Margarito Martínez, Catarino Perdomo, Gabriel Tepepa y algunos otros correligionarios, muy contados.

En dicha junta se acordó que Pablo Torres Burgos, indudablemente el más ilustrado de la reunión y no el menos entusiasta, marchara a San Antonio, Texas, a conferenciar y recabar instrucciones de don Francisco I. Madero o de la juventud revolucionaria que en aquella población norteamericana funcionaba a la sazón.

Y hasta allá fue el animoso suriano y regresó, no tan pronto como lo deseaban las ansias de sus compañeros, que guardaron el

secreto, dedicados a sus labores habituales, siendo portador de noticias halagadoras, de nombramientos e instrucciones para los que deberían iniciar la rebelión en el Sur.

Morelos celebraba las típicas y pintorescas fiestas de "los tres viernes", los primeros de aquella cuaresma de 1911. Era el segundo de ellos, 10 de marzo, y siguiendo la inveterada costumbre la feria tenía lugar en Cuautla. Zapata, Torres Burgos y sus amigos, sin querer quebrantar el hábito de toda su vida, se reunieron en la histórica ciudad.

Y entre las delicias del jaripeo, alegre y varonil, y entre el cantar desafiante de los gallos, listos para la pelea, allá en medio de la algarabía del palenque; y entre las copas servidas en la cantina, plétórica de camaradas y compadres que también habían sufrido tantos y tantos años, aquellos hombres meditaron en la redención de aquel pueblo al que amaban y el que ¿por qué no habría de ser tan feliz, tan sinceramente feliz, todos los días de su existencia, como aparentemente lo era en esos días de feria, en los que los **peones** y **aparceros** de las haciendas iban a gastar los "anticipos" que les hacía el patrón, del brazo de sus mujeres enfloradas, con rebozo y enaguas nuevos, que, así como ellos abandonaban momentáneamente el arado y la pala, ellas se olvidaban del **metate** y del **tlecuil**, para disfrutar del asueto de esas festividades más profanas que religiosas, para volver, después, a continuar la vida misérrima del esclavo de los campos... ?

La feria terminó, y Zapata, Torres Burgos, Gabriel Tepepa, Catarino Perdomo, Prócuro Capistrán y otros más, abandonaron Cuautla, ya decididos a lanzarse a la lucha armada; pasaron por Villa de Ayala, la residencia habitual de Zapata, y luego se dirigieron a Los Hornos, donde prepararon el asalto simultáneo a las plazas de Tlaquiltenango y Jojutla, combates iniciales del formidable movimiento agrarista que inmortalizó el nombre del sacrificado de Chinameca.